

**ÉTIENNE
SOURIAU**

**EL SENTIDO
ARTÍSTICO
DE LOS ANIMALES**



Cactus
serie perenne

No nos sorprendamos, no nos ofendamos por haber encontrado en los animales algunos esbozos difusos, algunas emersiones tímidas y limitadas de facultades y actividades que habitualmente nos enorgullecen. El primer gran misterio de la vida animal es que es simplemente vida, y que en ella encontramos así, oculto pero en ocasiones exponiéndose un poco, todo lo que constituye el valor de la vida.

Al hombre de hoy le gusta repetirse, no solo que se ha convertido en el amo del mundo, sino también en el dueño de su destino. Y este error, esta ingratitud hacia la vida, puede costarle caro. Pues, piense lo que piense, sigue siendo profunda e intrínsecamente tributario de la forma en que la vida, misteriosamente, actúa en él, limita sus poderes y trabaja a su manera en sus destinos. Es bueno que permanezca en armonía con ella.

ÉTIENNE SOURIAU

ÉTIENNE SOURIAU
EL SENTIDO ARTÍSTICO DE LOS ANIMALES

Traducción de **Pablo Ires**

Editorial **Cactus**
Perenne



Souriau, Étienne

El sentido artístico de los animales / Étienne Souriau - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Cactus, 2022

128 p. ; 20 x 14 cm - (Perenne)

Traducción de: Pablo Ariel Ires

ISBN 978-987-3831-68-3

1. Ensayo Filosófico. 2. Etología. 3. Estética. I. Ires, Pablo Ariel, trad. II. Título.

CDD 179.3

Título original: *Les sens artistique des animaux* (1965)

Autor: Étienne Souriau

Ira. edición en castellano: Editorial Cactus, 2022

Traducción: Pablo Ires

Corrección: Sebastián Puente

Diseño de portadas: Érica Denmon & MAS

Impresión: Gráfica MPS SRL

ISBN: 978-987-3831-68-3

IMPRESO EN ARGENTINA | PRINTED IN ARGENTINA

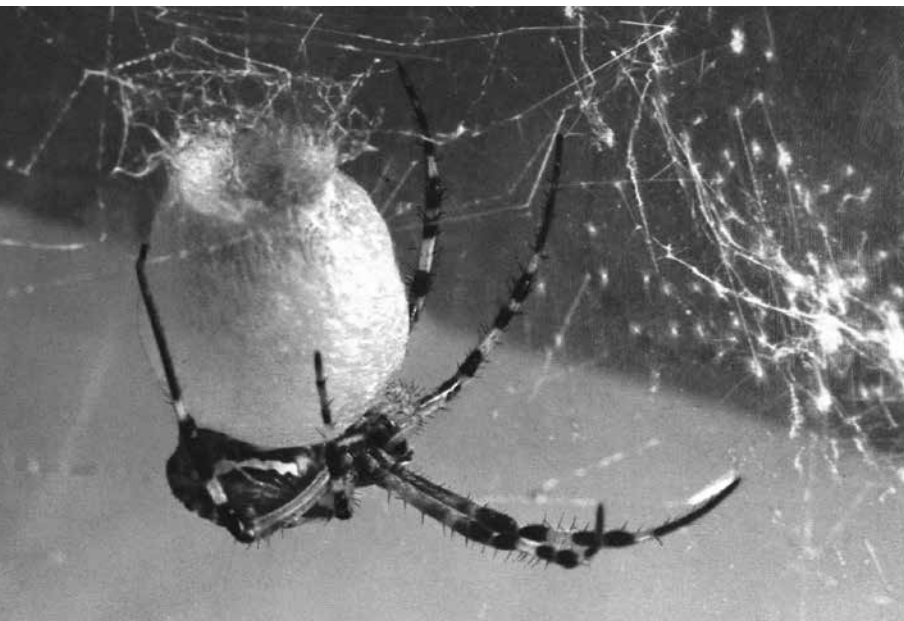
info@editorialcactus.com.ar

www.editorialcactus.com.ar

ÍNDICE

ADELANTO

Capítulo I. El estilo de la naturaleza	7
Capítulo II. Estética del movimiento	35
Capítulo III. La magia de las apariencias	61
Capítulo IV. Artesanado	81
Capítulo V. Ficciones, símbolos y mitos	113
Conclusión	125



La argiope (especie de araña estriada; una de las arañas más comunes en el mundo) trabaja en su ooteca. ¿Sabe lo que está haciendo? ¿Es artesana? ¿Posee gusto y algún sentido de la forma? ¿O acaso la naturaleza, la vida, la sabiduría de la especie es el relojero que ha concertado el mecanismo? Actualmente, más que hace unos treinta años, la ciencia tiende a considerar a la araña como capaz de combinar e inventar.

El estilo de la naturaleza

Estudiar el sentido artístico de los animales no carece de dificultades. En el umbral de este campo lleno de hechos interesantes, e incluso importantes para el hombre, montan guardia dos prejuicios.

Uno de esos prejuicios –muy natural en el país de Descartes– es preferir animales-máquinas ilusorios antes que a los animales tales como viven; gusto que la ciencia zoológica reforzó enormemente hace unos sesenta años, en el tiempo en que se esperaba explicar la totalidad de las actividades animales por tropismos y reflejos. La ciencia actual ha abierto nuevamente, de manera mucho más amplia, el abanico de los hechos psíquicos que una observación rigurosa detecta en los animales.

De aquel tiempo, cuyo espíritu de rigor hay que alabar, pero cuyo simplismo especulativo hace falta superar, nos queda una advertencia que fue útil y que sigue siendo válida: cuando algunos comportamientos de animales se parecen mucho exteriormente a acciones humanas, cuidémonos de suponer en el animal, mediante una analogía completamente imaginativa, los pensamientos que los hombres poseen en casos aparentemente similares.

El hecho estético está presente en abundancia en la naturaleza. La cámara fotográfica de un japonés, Tokutaro Tanaka, captó una estampa del arte tradicional de su país, ya hecha ante su mirada con el sol naciente. ¿Pero este arte es un hecho natural o lo inventa el hombre creyendo que lo descubre? Enigma a debatir.



El pensamiento del animal, y sobre todo el de los animales que por su organización se alejan profundamente de los hombres, es muy poco comparable al del hombre, e incluso resulta difícil de concebir. El mundo que ve una araña con sus siete ojos, desde lo alto de su tela, o el de un murciélago que revolotea ágilmente en una caverna tenebrosa guiándose por medio de los ultrasonidos, es un mundo del que no podríamos tener intuición directa alguna. Pensemos en esta madre ave: durante su ausencia, pusieron fuera del nido, pero muy cerca, a sus crías recién nacidas que todavía necesitan del calor de sus alas. Ahora bien, a su regreso, se puso a empollar el nido vacío, en vez de a sus pequeños, que estaban no obstante bajo su mirada. Demuestra en el estado de vigilia una especie de oscuridad mental cuyo equivalente solo encontraríamos en nosotros en las tinieblas de un semisueño o de una intoxicación grave. Ni siquiera, pues la madre humana profundamente somnolienta que no encontrara a su hijo en la cuna hacia la cual extiende su mano dormida, se despertaría de inmediato. El ave no puede despertarse del letargo mental que es su estado más lúcido.

Que quede claro: no dejaremos de ponernos en guardia (al punto quizás de impacientar a ciertos lectores) contra cualquier tendencia a sobreestimar demasiado el pensamiento animal; y a concederle, sin buenas garantías, posibilidades mentales o sensibilidades que rebasen el nivel que les atribuyen los observadores más severos.

Esto no quiere decir que haga falta introducir un abismo entre el psiquismo del animal y el del hombre. Y si bien hace falta evitar todo antropomorfismo al estudiar al animal, no está mal a veces hacer un poco de zoomorfismo al estudiar al hombre, cuya lucidez y poder de razonar con mucha frecuencia se exageran (incluso lo hacen los psicólogos).

El segundo prejuicio es pensar que el arte, la flor del genio humano, es algo demasiado noble y demasiado puro como para que osemos comprometerlo hasta el punto de hallarle raíces en la animalidad. Prejuicio que también viene a reforzar cierto *artificialismo* estético, ya antiguo: sus mejores representantes son Baudelaire y Des Esseintes, héroe del Huysmans primera versión. Aunque bastante demacrado por la edad (es del siglo XIX) este artificialismo tiene todavía defensores. “Ajustar cuentas con la naturaleza” fue una preocupación de un excelente poeta, muerto hace apenas unos años y muy desdeñoso de toda esteticidad animal.

¿Pero es realmente blasfemar pensar que el arte tiene bases cósmicas y que encontramos en la naturaleza grandes poderes instauradores que son congéneres del arte? Seguramente, no. Nos convencemos rápidamente en cuanto hacemos el esfuerzo de situar en el conjunto de la naturaleza el instinto artístico de los animales. Y ese es el esfuerzo que tenemos que hacer en primer lugar.



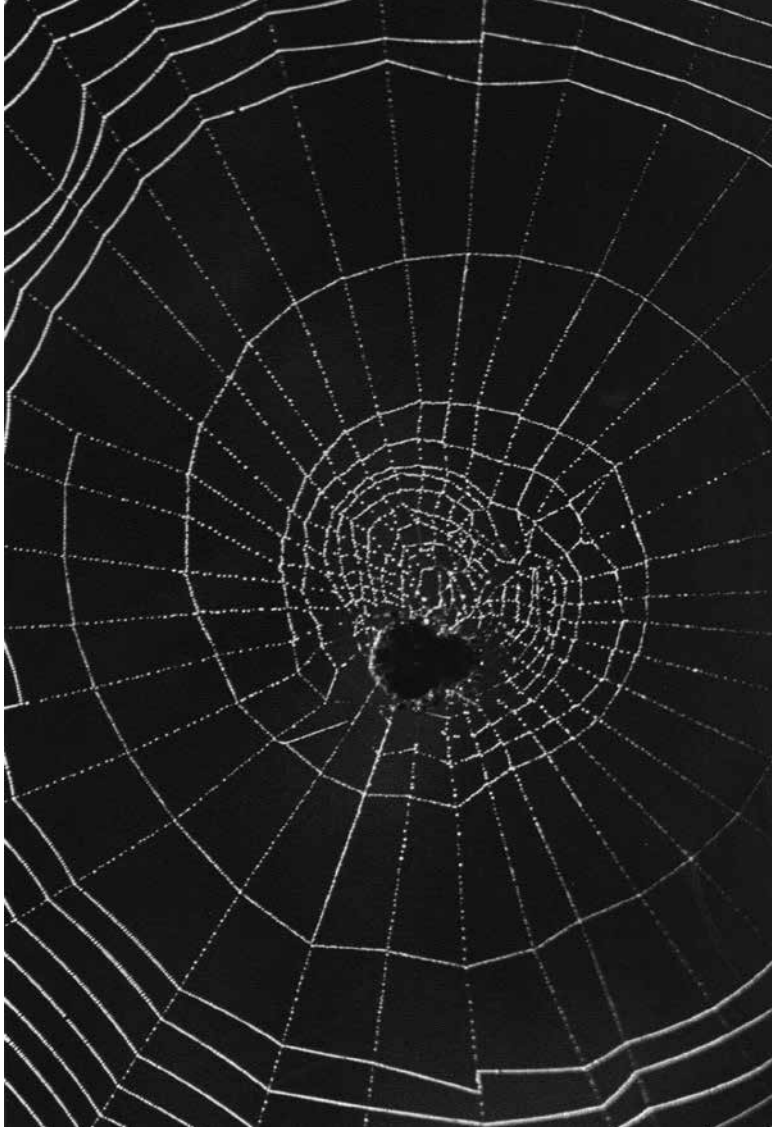
Verano en la isla Saint-Martin... baba del diablo... trabajos arácnidos... La tejedora hizo instintivamente el nido donde su prole iniciará su vida. Pero la confluencia espectacular de la hora, la estación, la luz del otoño y la labor de la ínfima criatura, expresa una armonía vital positiva. Y es por abstracción que el pensamiento científico aísla esos factores íntimamente unidos en la realidad.

El hecho estético está presente en abundancia en la naturaleza, muchos de cuyos aspectos le provocan a cualquier espíritu humano normal una fascinación cuyas causas exteriores son cualidades objetivas y reales de las cosas; cualidades a cuyo conocimiento nos introduce dicha fascinación.

A primera vista, sin embargo, y sobre todo para los espíritus a los que les cuesta un poco concebir la realidad y la objetividad del hecho estético, pareciera que ese hecho es una especie de lujo, un además que se añade a lo que constituye la verdadera consistencia positiva de los fenómenos naturales.

Con ese espíritu, se dirá por ejemplo (y hasta cierto punto será verdad): miren esa bella nube de tormenta que asciende en el horizonte. ¿Qué hay que alegar para explicar su forma y su aspecto? Iones, vapores, corrientes ascendentes de aire, calor de los rayos solares, y así sucesivamente. Y *además*, esa nube es magnífica. Pero, se añadirá, dicha magnificencia no tiene nada que ver con la génesis del fenómeno.

O bien, se dirá, resistencia variada de las rocas, desgaste por la lluvia, por el viento, por el correr de las aguas, clima, dispositivos geográficos y geológicos de toda una región, acción milenaria del tiempo, esas son las causas que hace falta evocar para explicar el Puente del Arco Iris en medio del territorio navajo. Y *resulta* que es una de las obras maestras más logradas de la naturaleza. Pero la naturaleza no apuntó a eso. De acuerdo. Hasta aquí tenemos



Obra de vida, de aurora,
y también de crueldad y
muerte, ¿tenemos aquí un
comienzo de arte o ciencia
cristalizada, pensamiento
o mecanismo? Misterio
ofrecido a la reflexión del
hombre por su encuentro
más banal con la mañana.

razón. Por una parte, sería absurdo afirmar que esta belleza (la de la nube o la del gran arco de roca) no es real. Por otra parte, sería imprudente sostener que esa belleza desempeña un papel activo en la génesis de las formas de la nube o de la montaña. El parámetro estético, seguramente presente de cierta manera en la ecuación completa del fenómeno, es inerte, por así decirlo. Simplemente explica la coincidencia de esas formas con las *desiderata* de nuestra sensibilidad estética.

Noten que esta inercia de las cualidades formales en la génesis de las cosas naturales no es absolutamente cierta, hablando filosóficamente. La postula solamente cierto buen sentido científico un poco rudimentario del que no es prudente alejarse mucho.

¿Sucede lo mismo si consideramos las formas de los seres vivientes, por ejemplo la de las plantas? Esta simple flor, sobre la banquina de la ruta (una linaria amarilla), podemos asegurar que su presencia y su forma se explican en gran parte por la química del suelo donde ha caído la semilla, por el funcionamiento de las leyes de Mendel, por la división de las células y su metabolismo, por el efecto del clima local. ¿Pero podemos conformarnos con añadir, como respecto de la nube o de la roca, que resulta que *además* tiene ciertos caracteres estéticos notables? Al mirarla de cerca, uno se da cuenta de que el orfebre o el ceramista más inventivos y artísticamente mejor dotados difícilmente darían tanta elegancia y acento

Nido de *Pisaura mirabilis*.

Este arácnido es muy común. Circula en las hierbas de los bosques. La hembra transporta sus huevos en un capullo, al que fija antes del nacimiento en una planta elegida. Alrededor, teje una tela esférica, donde las crías crecen luego bajo su protección. Aquí la planta en flor es utilizada de manera notable.



a todos los detalles de sus mejores creaciones, en una armonía estilística tan pura. Y esta vez sería extremadamente imprudente asegurar que tales cualidades formales no tienen absolutamente ninguna correlación con los fenómenos que se han producido durante el crecimiento de la planta. Volveremos a esto en un instante.

